

TEATRO

Jaume Melendres

Lizaran entra en lizza

Título: *La bella Helena.*

Estreno: *Teatro Lliure, 21-III-79.*

Autor: *Peter Hacks.*

Música: *Jacques Offenbach.*

Traducción: *Kim Vilar.*

Interpretación: *Anna Lizaran, Juanjo Puigcorbó, Quim Lecina, Doménech Reixach y once actores más.*

Dirección musical: *Carles Puértolas.*

Coreografía: *Gilberto Ruiz Lang.*

Espacio y vestuario: *Fabià Puigserver.*

Dirección: *Pere Planella.*

De la lectura de algunas críticas aparecidas en la prensa cotidiana se deduce que la repentina frivolidad del *Teatre Lliure*, a la tierna edad de dos años y medio (que para el teatro y otros animales domésticos equivale a una mayoría de edad), ha provocado un notable desconcierto. La hermosa Helena devora al público con los dientes de sus pestañas y canciones en este mismo escenario que, hasta hoy, sólo pactaba con la comedia si era estrictamente filosófica, y con el musical si era didáctico o ejemplar. Desconcierto, sí. Tal vez porque muchos ignoran que Pere Planella, el director de «*La bella Helena*», fue futbolista profesional y esta clase de deportistas, cuando no están concentrados, compran fila cero en los locales de music-hall. Pero, abierto en su mesa de noche, reposa Stanislavski. Juego, en sueños, Mary Mistral se casa con el Método y al cabo de nueve lunas nace Anna Lizaran. Quiero decir, «*La bella Helena*».

Pero que nadie se llame a engaño. El *Lliure* no se ha vendido por un plato de lentejuelas. Sigue siendo lo que ha sido hasta hoy. Yo diría, incluso, que es más *Lliure* que nunca. Viendo «*La bella Helena*» descubrimos que aquel estilo que parecía hecho a la medida de dramas y tragedias, que conocía la talla de Ibsen y de Marlowe (Christopher, no Philip, cuidado); que aquella profusión de tules y de sedas cuya sensualidad parecía trágica; que aquella seriedad de los actores, todos estos elementos, en fin, encuentran su verdadero punto de fusión en la opereta. ¿Por qué? Porque la opereta es el género teatral donde impera, fundamentalmente, lo **escenográfico**.

Y el estilo *Lliure*, ese barniz que hace que todos los espectáculos



Mano a mano, Lizaran-Puigcorbó

de la casa lleven un sello inconfundible, ese líquido unificador por encima del nombre de sus intérpretes y directores, es un **estilo escenográfico**. Los productos del *Lliure* son isomorfos: cuerpos de diferente composición química e igual forma cristalina, que pueden cristalizar asociados. Nada define mejor al teatro de Gràcia. Sus montajes tienen distinta composición, cristalizan cooperativamente y revelan idéntica forma cristalina: la escenografía. Es decir, Fabià Puigserver.

Creo que hay que decirlo, sin que ello signifique menospreciar el trabajo de los demás: el estilo *Lliure* es el estilo Puigserver. El es el verdadero director de todos los espectáculos, incluso de los suyos. Con su lápiz dibuja las líneas maestras de cualquier montaje.

Lo que era sospecha en otros

trabajos se confirma aquí, precisamente porque «*La bella Helena*» es un texto «frívolo», desprovisto de drama y de mensaje. Es un divertimento escrito por Peter Hacks para no morir de rabia en épocas duras para la libertad de expresión. Hacks dedica tres horas a demostrarnos que «el amor triunfará», sino en la R.D.A., al menos en el escenario. Todo el encanto (virtud que la opereta toma de su hermana mayor, la ópera) estriba en cómo decirlo.

¿Cómo? De tres maneras a veces sucesivas, a veces simultáneas. Primo, con canciones: las pone Offenbach y las dirige (muy bien) Carles Puértolas. Secundo, con coreografías para actores: Gilberto Ruiz se las inventa eficazmente, salvo en el caso de un canción que sabe a menos. Tertio: con gags.

Los gags los pone Puigserver, escenógrafo. Los otros, los de puesta en escena, brillan por su ausencia.

Diríase que Planella, sin un maldito drama interior que llevarse al cuaderno de dirección, no sabe demasiado qué hacer con Hacks-Offenbach. Por eso, en algunos momentos, el espectáculo, sin llegar a hundirse, se tambalea. Cuando los actores han prodigado, una vez más, las sorpresas de sus trajes y utensilios; cuando han cantado (bien) las hermosas (pero no pegadizas) canciones; cuando entran en las partes habladas (esfumados el canto, el baile y el vestuario), los actores se dedican a achicar el agua. Eso sí, con aquella seguridad propia de los marineros expertos, conscientes de la próxima bonanza. En esos momentos hablados, casi nunca ocurre nada digno de risa o de mención. El gag escenográfico se caracteriza por su efímera vida. Luego han de venir los otros gags, los verbales y gestuales. Planella los inventa con una avaricia poco adecuada a la duración del espectáculo. Y además (por razones más económicas que estéticas), Planella se mueve en un escenario rodeado de espectadores por todas partes menos ninguna. Y los gags visuales jamás se abren a cuatro puntos cardinales **simultáneamente**. En el gag sólo hay dos dimensiones: las del escenario a la italiana, las de la pantalla. Este es un espectáculo que reclama a gritos, a mayor aforo, o mayores subvenciones para compensar el obligado déficit de espectadores.

Y, sin embargo, es un espectáculo apto para esas noches que usted sabe: las noches en que no hay champán en su nevera. La bella Helena se lo servirá: Anna Lizaran. El escaso uso que de ella había hecho el *Lliure* hasta hoy se revela ahora, como una injusticia o —peor todavía— como un error. Anna Lizaran está como nunca, como nunca pudo estar por exigencias de reparto. Habla bien, canta muy bien y es inteligente: cuando guiña el ojo, no lo cierra. Tampoco lo cierra Juanjo Puigcorbó con su perfil modigliánico y su sarcasmo catalán.